

JOSÉ MARÍA DEL CORRAL

El hombre que aprendió a mirar desde la periferia

Por Julio César Romero Magliocca

Hay personas cuya historia parece escrita de antemano y otras que construyen su camino a fuerza de preguntas. José María del Corral pertenece a estas últimas. Cuando habla de su infancia, no recuerda solamente una casa, una escuela o un barrio. Recuerda, sobre todo, una pregunta que comenzó a acompañarlo desde muy pequeño: por qué él había nacido en un determinado lugar y, apenas a unas cuadras, otros niños vivían una realidad completamente diferente. Nació en Buenos Aires, en el barrio Recoleta, en una familia vinculada al mundo de la medicina y del estudio. Su padre era

médico, veterinario y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Su madre, ama de casa, tenía otra manera de entender el mundo: hacía de su casa un lugar de encuentro para los vecinos, una casa abierta, solidaria, sensible a los problemas de los demás.

Quizás allí, entre esas dos miradas, comenzó a construirse el hombre que sería años después. De su padre heredaría la capacidad de trabajo, la inquietud por el conocimiento y esa necesidad permanente de aprender. De su madre, algo que terminaría siendo todavía más profundo: la capacidad de acoger, de contener, de estar atento a lo que le sucede al otro. Pero Del Corral no fue un niño dispuesto a caminar por los senderos establecidos. Él mismo se define como un rebelde desde pequeño. Mientras sus vecinos y compañeros permanecían dentro de los límites naturales de aquel barrio de Recoleta, él salía a buscar otra realidad. Caminaba apenas unas cuadras y entraba en los conventillos. Allí encontraba niños que pertenecían a otro mundo social, pero que terminarían siendo sus amigos.



Y entonces apareció aquella pregunta que, de alguna manera, marcaría toda su vida: ¿por qué él había nacido allí y ellos apenas a trescientos metros, pero viviendo una realidad tan diferente? Desde niño comenzó a buscar puentes. Quizás por eso la educación ocuparía después un lugar tan importante en su vida. Porque la escuela, tal como la conoció, muchas veces parecía estar en contradicción con aquello que él sentía que necesitaban los niños y los jóvenes. Su rebeldía llegó a tal punto que fue expulsado de varias escuelas.

Años más tarde, cuando Jorge Bergoglio lo convocó para trabajar en una nueva propuesta educativa, aquella historia de su infancia volvía a aparecer, pero transformada en una convicción:

una escuela que solamente premia al niño que permanece sentado y callado puede terminar olvidando precisamente aquello que hace único a cada niño: su creatividad, su inquietud, sus preguntas y sus ganas de descubrir. Aquella rebeldía que alguna vez lo había sacado de las aulas terminaría convirtiéndose en una de las razones por las que quiso transformar la educación.

Pero antes de convertirse en educador, José María tuvo que recorrer un camino inesperado. No provenía de una familia particularmente religiosa. Había sido bautizado por tradición, pero durante su adolescencia se alejó de la Iglesia y llegó a definirse, con su habitual sinceridad, como un “ateo practicante”. Hasta que un retiro



espiritual cambió algo en su interior. La experiencia fue profunda. No se trató simplemente de acercarse a una institución religiosa, sino de encontrarse con Dios desde un lugar existencial. Y aquella experiencia lo llevó a comenzar un trabajo voluntario en el Hospital Fernández. Durante cuatro o cinco años, todos los domingos, dejaba sus actividades y se acercaba a visitar enfermos. Hasta que sintió que debía dar un paso más.

Abandonó sus estudios de Economía cuando le faltaban solamente cuatro materias y decidió ingresar al seminario. Tuvo que hacer incluso parte del camino que otros

seminaristas ya habían recorrido desde niños: conocer a un sacerdote que lo presentara, hacer la confirmación y comenzar una formación que, para él, significaba una entrega radical. Completó sus estudios y se recibió de teólogo y profesor de Teología. Pero en el camino apareció otra certeza. Comprendió que el celibato no era para él. Quería formar una familia y no estaba dispuesto a realizar un juramento que sentía que no podría cumplir honestamente. Decidió entonces no ordenarse sacerdote. Sin embargo, aquella puerta que se cerraba abrió otra mucho más grande.

El decano de la Facultad de Teología le pidió que permaneciera como profesor. Y allí comenzó a descubrir al maestro. Descubrió también que la educación podía ser mucho más que la transmisión de conocimientos. Podía ser una verdadera transformación humana. Una posibilidad concreta de ayudar a que las personas fueran más humanas. Pero para transformar la escuela había que involucrarse. Y Del Corral se involucró. Fue preceptor, tutor, bibliotecario, director, director de estudios, rector y director general. No quiso cambiar la educación desde afuera, sino desde adentro, con los pies en el aula y conociendo la vida cotidiana de los estudiantes.

Fue entonces cuando apareció en su camino Jorge Bergoglio. Lo conoció a fines de los años noventa, cuando todavía era obispo auxiliar. No conoció primero al Papa. Conoció a Jorge Bergoglio. Y entre ambos comenzó a construirse una historia que tendría como punto de encuentro a los jóvenes y a la educación. Del Corral prefiere no definir aquella relación solamente desde la palabra amistad. Hay algo más profundo en su mirada: el trabajo compartido. Los zapatos gastados de caminar juntos. Las reuniones semanales. Los proyectos que iban creciendo. La preocupación por los jóvenes. Y también esos pequeños gestos que hablan mucho más de una persona que cualquier discurso. Bergoglio sabía que Del Corral tomaba mucha Coca-Cola y, cuando llegaba a trabajar, tenía preparada una botella y un alfajor.

Son detalles pequeños, casi domésticos, pero en ellos Del Corral encuentra una de las grandes características de aquel hombre que años después sería Francisco: la sencillez, la profundidad y la delicadeza de los gestos. Juntos comenzaron a imaginar otra educación. Una educación que no estuviera encerrada dentro de las paredes de una escuela ni limitada a los ámbitos institucionales. Una educación que pudiera salir a la calle y encontrarse con la sociedad. Así comenzaron a desarrollarse experiencias que serían el germen de lo que después se convertiría en Scholas.

En el año 2000, en medio de una Argentina atravesada por una profunda crisis, apareció una intuición que parecía sencilla pero que encerraba una enorme transformación: si la educación era la salida, había que comenzar por ella. Pero no desde arriba. No desde una nueva ley pensada detrás de un escritorio. Había que hacerlo desde abajo hacia arriba. Y había que incluir a los jóvenes en ese proceso. No hablar de ellos. Hablar con ellos. Escucharlos. Hacerlos protagonistas. La propuesta buscaba reunir a jóvenes de diferentes realidades: escuelas públicas y privadas, distintas regiones, diferentes niveles socioeconómicos y también diferentes creencias religiosas.

Era volver a construir un aula plural. Un aula sin paredes.

De aquella experiencia surgiría una metodología que terminaría identificando a Scholas: **escuchar, crear y celebrar**. Tres palabras que encierran una concepción diferente de la educación. Primero escuchar. Porque nadie puede transformar aquello que no conoce y nadie puede conocer verdaderamente a un joven si no está dispuesto a escuchar lo que siente. Después crear. Porque escuchar no alcanza si aquello que se descubre no se transforma en propuestas, en sueños y en acciones. Y finalmente celebrar.

Porque también es necesario reconocer el camino recorrido, encontrarse con el otro y descubrir que las diferencias no tienen por qué separarnos. Con el tiempo, aquella pequeña experiencia comenzó a crecer y a cruzar fronteras. Scholas fue llegando a diferentes países y culturas, pero sin pretender imponer una receta única. Del Corral lo explica con claridad: cada lugar tiene sus necesidades y su propia realidad. Lo importante no es llevar una fórmula preparada, sino generar un espacio donde los jóvenes puedan encontrarse y, a partir de allí, construir sus propias respuestas. Hay una imagen que representa especialmente ese espíritu. El olivo.

Para Del Corral, el olivo es la bandera del encuentro. Fue parte del nacimiento de aquella experiencia y luego se convirtió en uno de los símbolos de Scholas cuando, en 2013, el Papa Francisco lo entregó a Lionel Messi y Gianluigi Buffon durante el lanzamiento de la organización. También llegó a Uruguay. Aquí, Del Corral plantó un olivo junto a José Mujica, en un gesto que simbolizaba la necesidad de unir, de acercar mundos que muchas veces aparecen enfrentados y de construir una educación capaz de reunir a quienes piensan diferente. El olivo representa la paz.

Pero también representa algo más: la posibilidad de que el encuentro sea el camino para construirla. Porque, para Del Corral, educar no puede ser solamente trabajar con la cabeza. Hay que unir la cabeza con el corazón y con las manos. Pensar. Sentir. Hacer. Una educación verdaderamente integral debe permitir que aquello que un joven piensa pueda dialogar con aquello que siente y con aquello que hace. Por eso, en Scholas existe una manera diferente de evaluar. No se pregunta solamente qué aprendiste. La pregunta es otra:

¿Qué te pasó con lo que aprendiste?

Quizás allí esté una de las claves de todo lo que Del Corral intenta transmitir. Porque detrás de cada estudiante hay una persona. Y detrás de cada persona hay una historia, un miedo, una esperanza, una herida, un sueño. Lo comprobó en diferentes experiencias realizadas por Scholas, incluso en

lugares atravesados por situaciones dramáticas. Recuerda especialmente el caso de San Antonio de los Cobres, en Salta, donde la organización llegó a trabajar en una comunidad de apenas unos 7.000 habitantes que registraba una cifra estremecedora de suicidios adolescentes. Allí la metodología de escuchar, crear y celebrar permitió comenzar un proceso diferente. El objetivo no era simplemente enseñar.

Era escuchar qué estaba pasando. Porque muchas veces el primer paso para cambiar una realidad consiste en que alguien se detenga y pregunte sinceramente: ¿qué te pasa? En un mundo atravesado por divisiones, grietas y enfrentamientos, Del Corral cree que los jóvenes tienen mucho para enseñarles a los adultos. Por eso recuerda una de las grandes convicciones de Francisco: los jóvenes no son solamente el futuro. Son el presente. Hay que escucharlos ahora. Atenderlos ahora. Darles un lugar ahora. Porque ellos también tienen la capacidad de transformar la realidad. Y esa capacidad, insiste Del Corral, no debe esperarse desde arriba. El cambio puede comenzar desde abajo. Desde una escuela. Desde un docente. Desde un joven. Desde una comunidad. Desde una persona que decide escuchar a otra.

Durante nuestra conversación en la Ciudad Vieja de Montevideo, mientras hablaba de Francisco, de Scholas y de los jóvenes, aparecía constantemente una palabra: encuentro. Tal vez porque toda su vida parece haber sido una búsqueda de encuentros. El niño de Recoleta que cruzaba las calles para conocer a quienes vivían otra realidad. El adolescente que se rebelaba contra una escuela que no comprendía su inquietud. El joven que se alejó de Dios y terminó encontrándolo desde una experiencia profunda. El hombre que descubrió en la educación una forma de transformar personas. El educador que se cruzó con Jorge Bergoglio. Y el colaborador que, junto a él, ayudó a construir una propuesta que terminó recorriendo el mundo.

Cuando le pregunto cómo es trabajar con Francisco, la respuesta no se limita a la exigencia. Habla también del afecto. Dice que ambas cosas conviven en él. Francisco es exigente, pero también profundamente cercano. Valora el tiempo del otro. Y cuando está con alguien, está verdaderamente con esa persona. Del Corral tiene una manera muy particular de explicar esa capacidad. Dice que cuando uno está con Francisco no mira el reloj. Pero hay algo todavía más profundo. Según su experiencia, después de cada encuentro con Francisco, quien sale más dignificado no es el propio Francisco, sino la persona que estuvo con él. Esa, entiende Del Corral, es una de las grandes capacidades de un verdadero líder: hacer sentir importante al otro. Quizás por eso su historia no puede contarse solamente como la historia de un educador.

Es la historia de un hombre que desde niño se preguntó por qué existían realidades tan diferentes a pocos metros de distancia y que pasó buena parte de su vida intentando construir puentes. Puentes entre barrios. Entre escuelas. Entre jóvenes y adultos. Entre quienes tienen diferentes creencias. Entre quienes piensan distinto. Entre la cabeza y el corazón. Entre lo que sentimos y lo que hacemos. Y también entre las personas. Al final de nuestra conversación, cuando aparece aquella vieja frase tanguera que dice que al mundo “le falta un tornillo”, José María del Corral no duda. Si pudiera elegir qué tornillo le falta a este mundo, responde con una frase breve, pero enorme:

El del sentido.

Y quizás allí esté resumida toda su historia. Porque encontrar sentido es también descubrir para qué estamos aquí. Para qué educamos. Para qué trabajamos. Para qué nos encontramos. Para qué escuchamos. Y, sobre todo, para qué elegimos tender la mano al otro. En aquella tarde de Ciudad Vieja, hablando de Francisco, de los jóvenes y de una educación que pretende volver a poner a la persona en el centro, José María del Corral dejó una certeza sencilla:

cuando dejamos de mirar solamente nuestro propio metro cuadrado y nos animamos a cruzar la calle para encontrarnos con el otro, comienza verdaderamente la transformación.